

Biblioteca-Films

EL SECRETO DE FAMILIA

N.º 109

25
cénta.



Baby
Peggy

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Cataluña, 96

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

El secreto de familia

Historia donde triunfan la juventud y el amor.

Sublime creación de la niña

Baby Peggy

Exclusiva: **Hispano-American Films, S. A.**
Valencia, 238. - Barcelona

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

I

En uno de los barrios más antiguos de la ciudad de Nueva York existe una vieja morada, rodeada de frondosos jardines, donde viven en un retiro casi monástico sus contados moradores. Son éstos: su propietario Simón Selfridge, un hombre viejo ya, de carácter tan austero, severo y autoritario, que se cree con derechos sobre la vida y sentimientos de los que le rodean; su hermana Abigail, una señora que frisa en los cincuenta años, seca y enjuta de carnes y tan temerosa, que para evitar contradecir a su hermano Simón, le da siempre la razón en todo, aunque afirme algo falso a todas luces; con su constante adulación, ha hecho creer a su hermano que es un sermidoso y como a tal quiere él que se le trate; otro de los habitantes del vetusto caserón con honores de palacio, es Margarita, hija única de Simón Selfridge y sobrina, como es natural, de Abigail. Cuenta Margarita veintidós años y está en el apogeo de su belleza.

El amor había hecho nacer la rebeldía en el corazón de Margarita, quien se había enamorado de Garry Holmes y con él se había casado en secreto sin que su padre ni su tía lo supiesen.

El señor Selfridge había clasificado a Garry

Holmes en la clase de hombres cuyo único camino es casarse con una mujer de dinero, y no quería de ningún modo que su hija tuviera relaciones con él, porque se había metido en la mollera — y no sin razón — que Garry Holmes buscaba los millones que pudieran constituir la dote de su hija. Pero como el amor no calcula, Margarita se había dejado entredar con las palabras fogosas del citado señor Holmes y cometido la barbaridad de casarse, como hemos dicho, secretamente con él.

Ya hace un mes que están unidos por los vínculos matrimoniales y, aunque Margarita vive en compañía de sus padre y tía, no faltan a los secretos esposos momentos de veras a solas.

La hora matinal es la que Garry Holmes aprovecha para venir a ver a su esposa. Entrevístanse en el jardín.

Antes del desayuno, Margarita espera sentada en un banco del parque.

De pronto ábrese la puerta y se adelanta su esposo hasta ella.

—¿Cómo estás, querida?

Por toda contestación Margarita da un beso a su esposo y le dice unas palabras al oído:

—¡Oh!... ¡De veras, Margarita?... ¡Qué felicidad!

—Pero ahora deberemos participar nuestro casamiento a papá; de otro modo, ¿qué van a pensar de mí?

—Tienes razón... ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, Garry; no había pensado que a los nueve meses de casados podíamos ser tres... y esas son cosas en que no cabe el secreto.

Parchito, uno de los criados de la casa, se acercó a la joven y le dijo:

—Señorita Margarita, su papá la llama para que vaya a desayunarse.

—Voy en seguida.

Los esposos se despidieron y Margarita se apresuró a subir al comedor, donde su padre y su tía estaban desayunándose.

El señor Selfridge se enfrentó con aire colérico con su hija:

—Te he visto desde la ventana en el jardín con ese botarate de Holmes y ya sabes que te tengo dicho infinidad de veces que no quiero que trates con ese buscador de fortunas. Holmes no posee ni un centavo y sólo busca tu pingüe renta.

—Será como dices, papá, pero le amo.

—¿Y te atreves a asegurarlo ante mí?

—Es la verdad.

—Hemos hablado con tu tía y determinado mandarte al campo durante una temporada; así le olvidarás y recobrarás el apetito que veo vas perdiendo.

Estas palabras reanimaron a Margarita, que vió en esta determinación una solución a su situación comprometida. Contestó a su padre:

—Yo también pienso que es lo que más me conviene.

Días después, Margarita partió para una casa de campo, propiedad de la familia. Allí permaneció voluntariamente, con gran sorpresa de su padre, escribiendo a su esposo diariamente. Al cabo de diez meses Garry recibió esta carta:

Querido esposo:

Regreso mañana. Nuestra hijita es tan linda que cuando papá la vea estoy segura de que nos perdonará.

Tu esposa que te abraza,

MARGARITA.



—Y tú, ¿qué pilóno más vas? (pág. 16)

Y, en efecto, al día siguiente, la hija volvió a Nueva York y con ella la niñera, una negra que traía en brazos a la hija de Margarita, precioso bebé de mes y medio.

Cuando Margarita llegó a su casa, fué recibida con muestras de gran alegría por su padre.

y tía. La niñera había quedado en el vestíbulo con la pequeña. Margarita dijo a su padre:

—Papá, no vengo sola.

—¿No?... ¿Quién llega contigo?

Margarita salió al vestíbulo y haciendo entrar a la niñera, mostró su hija a su padre:

—¡Mira!

—¿De quién es esa criatura?—inquirió Selfridge.

—Esa... hija mía.

—¿Tuya?... ¡Oh!... ¡Tú!...

—Garry y yo nos casamos secretamente hace once meses. No hay, pues, motivo para que me avergüence de ser madre.

—¡Por fin ese bandido consiguió lo que se proponía!

—Papá, Garry no es ningún bandido.

—Vete a tu habitación. Ten entendido que no admito que Garry ponga los pies en esta casa.

Margarita, con los ojos en lágrimas, se retiró a su dormitorio.

Creyendo Garry Holmes que su esposa habría ya roto el hielo de la malquerencia paterna, se presentó en casa de su padre político; mas fué recibido a cajas destempladas por Selfridge, quien lo arrojó de su casa sin ninguna consideración.

—Ostias! cree haber triunfado consiguiendo el cariño de mi hija; pero le juro que de mí no sacará ni un céntimo. ¡Salga de esta casa y le prohibo que vuelva a entrar en ella nunca más!

Fuése Garry sin pronunciar ni una palabra

de réplica. Conocía a Selfridge y comprendió que todo hubiese sido inútil.

Pero Garry Holmes no estaba dispuesto a separarse de su mujer y de su hija.

Aquella misma noche el esposo de Margarita, guiado por el amor hacia ella y por anhelos paternales de conocer a su hija, determinó llegar hasta ellas, costase lo que costase.

Hacia media noche saltó la verja del jardín y penetró en la casa por una de las ventanas bajas. Garry conocía la situación del dormitorio de su esposa y no le fué difícil llegar hasta él.

Sin embargo, a la hora en que el esposo, como un vulgar ladrón, subía las escaleras que conducían a la habitación de Margarita, el señor Selfridge, que se hallaba en su despacho, oyó pasos cautelosos y, tomando un revólver del cajón de su mesa escritorio, salió, sin hacer ruido, y pudo ver al intruso, a quien reconoció, en la parte alta de la escalera. Apuntó con su arma; pero en aquel instante oyó pasos tras sí, y se volvió: un agente de policía, empuñando también una pistola, se acercó a Selfridge y le dijo muy quedo:

—He visto penetrar en esta casa a un hombre.

—Resquedasc usted aquí, tras estos cortinajes. Es un ladrón que no ha de tardar en bajar; pues no tiene otra salida que esta. Yo también me esconderé.

Margarita iba a meterse en cama, cuando oyó un ruido discreto en la puerta de su habitación.

Abrió.

—¡Oh!... ¡Tú, mi amado esposo!

—No hagas ruido. Nadie me ha oído.

Los esposos se abrazaron con muestras de gran satisfacción.

—Garry, mira a tu hijita—y Margarita señalaba la cuneta donde reposaba la pequeña.

El padre se inclinó ante la faz de su hija y la contempló con fruición, besándola amorosamente.

—No la despiertes, Garry—observó la madre.

—¡Qué preciosa es!

Más de dos horas quedaron los esposos en amorosa intimidad.

—Margarita, debo irme. No quisiera que tu padre pudiese enterarse de mi presencia aquí.

—¿Volverás otra noche?

—Todas las noches. Te lo prometo.

Despidiéronse, y Garry salió de la habitación de su esposa. La casa estaba sumida en el mayor silencio. Bajó las escaleras; mas cuando estuvo en el vestíbulo, abrióse la luz y dos pistolas apuntaron a su pecho: Selfridge y el agente de policía estaban ante él.

—¡Alto!—gritó el agente.

—Arreste usted a este hombre—ordenó Selfridge—; ha entrado en mi casa violentamente para robarme.

—No es verdad—dijo Margarita, que al oír las voces había bajado precipitadamente—; es un error, ese hombre es...

—¡Vete!... ¡Vete!—interrumpió el padre, colérico.

—Ya se explicará ante el juez—manifestó el agente maniatándole.

Margarita cayó desmayada. Acudieron los criados. Garry Holmes fué llevado a la Comisaría y, días después, condenado a tres años de cárcel por intento de robo, mientras Margarita—a quien su padre tiene sustraída a la vida de sociedad y a la que no permite leer periódicos—, se ve obligada a creer en la historia que le cuenta su padre, o sea que Garry ha desaparecido.

Han transcurrido tres años.

Margarita vive constantemente vigilada para que las noticias de fuera no lleguen a ella y no pueda enterarse de que su malogrado esposo está sufriendo condena en la cárcel de Nueva York. Su padre le ha adjuntado una camarera que no la abandona nunca y que tiene la orden de alejarla de su hija que, si bien habita la misma casa, está tan lejos de su madre que pasan ambas varios días sin verse.

Simón Selfridge no quiere que nadie nombre a su nieta por el apellido que él considera denigrante; todos la llaman sencillamente Peggy.

Margarita, casi secuestrada en su propia casa, apenas puede ver a su hija de vez en cuando, en ciertos días determinados, pues a la niña no la permiten comer en compañía de su madre.

Peggy tiene como preceptora a una exreligiosa enseñante, de una rigidez y severidad exageradísimas, que no abandona jamás a su discípula y no le permitía nunca, o casi nun-

ca, ver a su madre. Cierto es que la tal preceptora gustaba tanto de la lectura de novelas románticas, que se enfrascaba de tal modo en ellas que la pequeña, burlando la vigilancia de su camarero, se escapaba haciendo incursiones en la cocina y los departamentos destinados a la servidumbre, donde era agasajada por los criados, quienes la querían con delirio y compadecían tanto la suerte de la madre como la de Peggy; pues los domésticos estaban perfectamente al corriente del *secreto de familia* y todos compadecían a la pobre esposa, mártir de los prejuicios y preocupaciones de un viejo cuya severidad hacía sufrir a cuantos le rodeaban.

En la cocina hablan el antiguo criado de la casa, un negro llamado Pancho, y la cocinera, negra también, llamada Marta.

—Marta, la señorita Peggy cumple mañana cuatro años y le he comprado un regalo. Mira.

Y Pancho deshizo un paquete y de una caja sacó un tren.

—¡Oh!... ¡Qué bonito!... ¡Y anda solo?

—Va lo creo, como un tren de verdad...

—¿Ves? Se llena esta calderita de agua, se enciende esta lámpara y anda solo.

—Pero, ¿te parece, Pancho, que el señor Selfridge no se va a enfadar porque le regalas eso a su nieta?

—No me importa... ¡Pobre Peggy!... La tienen tan sujeta y tan amedrentada que si su pobre madre supiera cuanto la hace sufrir ese



Las pequeñas miraron sus cabezitas. (pág. 18)

ogro con fallos que le hace de carcerero, se moría de pena.

—Bastante tiene la señorita Margarita con la suya... ¡Pobre Margarita!... Si ella supiera que su marido está en la cárcel...!

—Más vale que lo ignore... Pero a estas horas ya debe estar en libertad, porque, según decían los periódicos, le condenaron a tres años de cárcel.

—Parece que viene alguien...

—Escondere el regalo... No quiero que nadie lo vea hasta mañana... en que se lo llevaré yo mismo a la señorita Peggy.

La severa preceptora de Peggy, acude de vestir a la pequeña con acompañamiento de constantes regaños y un sin fin de severas recomendaciones y amenazas.

—¿Lo oyes, mala?... Ayer te escapaste a jugar al jardín y tu abuelito no quiere que salgas de tu cuarto durante todo el día.

—Pues yo quiero ir a ver a mi mamá.

—Tú debes hacer lo que tu abuelito quiere y, nada más, ¿estamos?... y si me vuelves a replicar llamaré al abuelito para que te dé unos azotes... Con que... va lo sabes. Y ahora, sentadita aquí mientras yo leo.

Y al decir esto la preceptora se sentó con una novela en la mano y leyó en alta voz:

—Amor mío, amor mío, no perdamos estos preciosos momentos. Yo te amo... Yo te amo.

Continuó la lectura con el espíritu tan metido en ella, que ya no estuvo para lo que la rodeaba.

Comprendió así Peggy y tomando la mu-

foca con la que jugaba, la sentó en la sillita que ocupaba ella y de puntillas se fué hasta la puerta que abrió y salió precipitadamente. Fué Peggy hasta la cocina y penetró en ella en el momento en que Pancho, el ayuda de cámara de Selfridge, acababa de envolver el juguete que preparaba para regalar a la pequeña al día siguiente. Pancho y Marta llenaron de caricias a la pequeña.

Entre tanto, la preceptora de Peggy, así que terminó de leer el capítulo, aperebió la treta que le había jugado la pequeña y se fué en su busca. Se fué a quejar al señor Selfridge de las travesuras de la pequeña, y él tranquilamente contestó con aire despectivo:

—No me extraña lo que usted me cuenta, porque esa criatura es una anormal.

Por fin, después de recorrer toda la casa, la severa preceptora penetró en la cocina; mas la pequeña se escondió tras las faldas de la negrita Marta y mientras ésta y Pancho aseguraban que no habían visto a Peggy, ésta se metió en la carbonera. La preceptora oyó ruido en la carbonera y abriendo la puerta de ella y ver a la niña toda tiznada, la sacó, riéndola agriamente. La niña lloró llamando a gritos a su mamá; pero fué conducida al cuarto de baño donde la preceptora la enjabonó para des-tiznarla.

III

Es el cuarto cumpleaños de Peggy. Sólo recibió el regalo de Pancho, que, por cierto, le causó gran alegría.

Aquel día Margarita logró que la pequeña almorxase en su compañía y en la de su abuelo.

—¿Por qué no comes, pequeña?— inquirió el señor Selfridge.

—Mamá me dijo que quizás vendría papá. En los ojos de la madre asomaron dos lágrimas.

—No, tu papá ha muerto, Peggy, y no debes pensar en verlo nunca más.

—Pues yo rezo todos los días para que mi papá vuelva, porque mi mamá me ha dicho que no ha muerto y... volverá.

Pronunció la niña aquellas palabras con tal vehemencia, que el corazón endurecido de Selfridge se enterneció y un suspiro se escapó de su pecho. Suspiro de arrepentimiento.

Las palabras de aquella niña que se negaba a comer si no venía su padre, quedaron grabadas en el espíritu del abuelo, cuyos prejuicios eran causa de la tristeza, de la honda pena de aquellos dos seres.

Quando el señor Selfridge se halló a solas con su hija, exteriorizó su tristeza, diciéndole:

—Margarita, hija mía, Peggy me ha hecho comprender lo egoísta que he sido separándoos.

del hombre a quien amas tú y espera tu hija.
¡Fui malo en separarte de Garry!

—¿Qué tarde te llega el arrepentimiento!
¡Quién sabe donde está a estas horas!

—Lo hice todo por tu bien... Me he equivocado y ahora te prometo hacer lo posible para encontrarle.

—¡Dios lo haga, papá!... Carry no es lo que tú pensabas. Se casó conmigo por amor y no por el interés como tú has creído.

—¡Perdóname, hija mía!... Yo te prometo corregir mi verro.

Aquel día—el de su cumpleaños—Peggy había estrenado un vestido muy lindo. Mirando estaba la niña a la calle por la ventana de su cuarto, cuando dos arraplezós, un niño y una niña, situados ante la ventana de Peggy, le enseñaban unos plátanos que aquéllos tenían en la mano. El plátano era la fruta que gustaba más a la hija de Margarita. Aquellos dos rapaces enseñaban a la pequeña, que se relamía de gusto, el rediciado fruto, y le decían: «Baja, baja». Peggy vio como su preceptora estaba embebida en la lectura de su novela y, sin meter ruido, salió. Llegó a la calle.

—¡Qué vestido más precioso llevas!—exclamó la niña del plátano.

—Y tú, ¡qué plátano más rico!

—Te lo doy si me das tu vestido.

—¿Quieres que cambiemos?

—Va lo creo.

Y sin más preámbulos, las dos niñas cambiaron sus vestidos y la de la calle entregó, además, su plátano a la pequeña.



—¿Quieres venir a jugar con nosotros?—le preguntó el rapaz callejero.

—Ya lo creo... Vámonos.

Los tres chiquillos echaron a correr hasta llegar al barrio de los Italianos, donde, frente a un frutería, gran número de personas se apinaban ante dos hombres que se disputaban acaloradamente: uno, un italiano propietario de la frutería, gritaba desatoradamente en actitud poco tranquilizadora:

—¡Porco!... ¡Figlio d'un diavolo!... ¡Maldetto!...

Y dirigiéndose a un agente de policía que se acercó al grupo, le suplicó:

—Signor carabinieri, metelo in prigione... lei è un bandito, un latro.

Mientras el agente se adelantó para dirimir la contienda, los tres muchachos penetraron en la tienda y al ver un cesto repleto de manzanas, se arrojaron sobre él como una manada de gorriones.

Pero al ver al irritado italiano, cuyo lenguaje no entendían, huyeron con las manzanas hacia el interior de la tienda y se escondieron debajo de un mostrador. Notólo el irritado italiano y les gritó:

—¡Fora, fora!

Los pequeños sacaron sus cabezas y oyeron la voz irritada del italiano:

—¿E non sapette que Dio castiga ai bambini che prendano quello degli'altri?

El frutero despachó con cajas destempladas a los pequeños; los dos mayores echaron a correr huyendo de la furia del italiano, Peggy

les perdió de vista y quedó perdida en medio de la calle.

En aquel momento un hombre, con traje raído, pasaba por la calle seguido de un hermoso perro. Al ver a la niña, se paró a mirarla y le preguntó:

—¿Dónde vas, niña?

—No lo sé, señor.

—¿Dónde vives?

—En mi casa.

—¿Y dónde está tu casa?

—No lo sé, señor...; ¿Qué perro tan bonito!

—¿Es tuyo?

—Sí, ¿lo quieres?

—Sí, sí, dámelo; pero llévame a mi casa.

—Si tú no sabes donde vives, ¿cómo quieres que te lleve?

El desconocido la tomó en brazos y la llevó a la delegación de policía más cercana.

—Señor—dijo al Comisario—, esta niña se halla perdida en medio de la calle y no sabe donde vive.

El Comisario interrogó a la pequeña y no pudo sacar nada en claro.

—Está bien, buen hombre; déjela aquí, que se darán pasos para buscar a sus padres. Puede usted irse.

El hombre del traje raído sentó a la pequeña en un banco, al lado del perro que se había echado a dormir encima del banco. Dió un beso a la pequeña y se disponía a partir; mas Peggy le rogó:

—No te vayas. Yo te quiero porque has sido bueno conmigo.

El caritativo desconocido, para complacer a la peticionera, se sentó a su lado.

Peggy, al poco rato, se quedó dormida apoyando su cabecita sobre el vientre del can.

Al notar la ausencia de Peggy, su preceptor la buscó inútilmente por toda la casa y por el jardín; mas al no hallarla, dió cuenta al señor Selfridge de la desaparición de la niña. Grande fué el desconcierto de Margarita al creerla perdida. Se telefonó a todas las Comisarias de Policía; por fin, en la del barrio Italiano se anunció al señor Selfridge que allí había una niña de unos cuatro años vestida pobremente. Y aunque las señas de la indumentaria no respondían a las de la niña, Margarita determinó personarse en la Comisaria en compañía de su padre.

Al ver dormida a la niña, el hombre que la llevara marchó, dejando a la niña en compañía de su perro.

Cuando el hombre del traje raído salía de la Comisaría, topó de manos a boca con otro, cuya indumentaria no estaba en mejor estado y de mucha peor estatura, quien, acercándose al hallador de Peggy, le dijo:

—¡Hola, Garry! ¿No me conoces?

—¡Hola!... ¿Eres tú, Raffles?... ¿Cuándo saliste de la cárcel?

—Ayer mismo; pero, hijo, no tengo qué contar y no hay más remedio que buscar el rancho donde pueda... Ahora estoy preparando un golpe que me valdrá algunos centenares de dólares... ¿Quieres ser de la partida?

—¿De qué se trata?

—En Westchester, va ves, a cuatro pasos, hay un palacio sólo habitado durante el verano y según referencias, hay objetos de gran valor.

—No, Raffles, yo nunca fui ladrón... Estuve en la cárcel por una equivocación judicial.

—¿Básas a mí, Garry?... ¡Qué tonto eres! No hay peligro de ninguna clase... Durante la noche se salta al palacio que está deshabitado y... ya está.

—No, no, no quiero ser de la partida.

—Garry, eres un inocentón... Tú estás pobre, a juzgar por tu fachada... Además, tú dices que te metieron en la cárcel por una equivocación, es decir, que tú has purgado un delito que no has cometido; pues lo cometes ahora y quedas en paz con la justicia.

—En eso tienes razón.

A aquellas alturas llegaba la conversación cuando un automóvil se paró al lado de la acera, donde estaban parados los dos hombres.

—Vámonos de aquí, Garry, que van a bajar estos burgueses... Vamos a la taberna más próxima y prepararemos nuestro plan.

Mientras los dos hombres partían, se abrió la portezuela del auto y se apesaron de él Selfridge y su hija Margarita, quienes penetraron en la Comisaría donde hallaron a Peggy. Esta no quería separarse del perro de Garry; pero Selfridge se opuso a ello. No obstante, el fiel can siguió al coche hasta casa de Peggy y la niña logró que se admitiera a aquel nuevo huésped, no sin antes darle una buena enjabonada para hacerle desaparecer la porquería que llevaba encima.

IV

Simón Selfridge había adquirido, desde hacía unos meses, un hermoso palacio en Westchester, que había amueblado ricamente.

Con el fin de evitar disgustos como el que acababan de pasar a causa de la travesura de Peggy, el señor Selfridge determinó que toda la familia se trasladase a la nueva propiedad.

En efecto, dos días después, toda la familia se hallaba instalada en el espléndido y principesco palacio de Westchester, rodeado de frondosos jardines.

Allí Margarita parecía más tranquila y su hija gozaba de mayor libertad en beneficio de su salud.

Era la primera noche que la familia pernoctaba en Westchester.

Margarita está en el dormitorio de Peggy a quien desahoga para acostarla. Mientras la madre despoja a la niña de sus vestiduras, ésta toma del cuello de su madre el collar que su esposo le regalara y que siempre ha llevado como recuerdo del único hombre a quien ha amado y cuyo paradero ignora.

Peggy, con el collar de su madre en la mano, le pregunta:

—Mamá, ¿qué tienes dentro de este medallón?

—Aquí dentro, hija mía, llevo el retrato de tu papá.

—A ver... Enséñamelo.

La madre abrió el medallón, que era como un guardapelo, y dijo a su hija:

—¿Ves?... Es tu papá.

—¡Oh!... ¡Si supieses cuánto le quiero, mamá!

Y besó la efigie del autor de sus días. Margarita se emocionó ante las filiales demostraciones de cariño de su hija hacia el padre desventurado a quien los prejuicios de un hombre egoísta había hecho desgraciado para siempre.

Un cúmulo de pensamientos extraños se apoderaron de la mente de Margarita: «¿Quién sabe dónde para mi pobre Garry?... ¿Habrá huido lejos de mí por temor a mi padre?... No, no; esto sería indigno de un hombre de corazón como él... ¿Le habrán causado algún daño?... ¡Dios mío!... ¡Quizás le hayan hecho desaparecer para siempre!... ¡Pobre Garry!... Desde el día que le sorprendieron saliendo de mi habitación no he vuelto a saber de él... Todos han ayudado a hacer el vacío en derredor mío; todos... Me han tenido secuestrada en jaula de oro, sin permitirme ni leer un periódico... Mis amigas no me han nombrado nunca a mi esposo... Y luego, las palabras de arrepentimiento de mi padre... Sí, sí; no hay duda de que ya no le veremos más. ¡Pobre hija de mi alma!...»

Estos y otros parecidos pensamientos cruzaron por la mente de la desventurada esposa, velando su espíritu con una nube de tristeza, así como en día de tempestad densos nubarrones

nes velan y esconden la claridad del sol, sumiendo a la tierra en sombras de tristeza y llantos de lluvia.

Margarita lloró.

Peggy, con sus manecitas, secaba las lágrimas



— ¡Pobre de ti si no permites que mi papá se quede con nosotros! (pág. 29)

mas de los ojos de su madre y le decía palabras de consuelo:

—Mamá, ¿por qué lloras?... Peggy te quiere mucho... ¡Por Dios, mamá, que me hagas llorar a mí!

—No, hija; ya no lloro, ¿ves?

—Oye, mamá, ¿quieres dejarme dormir esta noche con este collar puesto?

—Buena, como quieras; pero no lo rompas que es el único recuerdo que tengo de tu papá.

—¿Ves, mamá?—y la pequeña se colgó el collar alrededor del cuello.— Hoy dormiré con papá.

—Muy bien, hijita. Ahora a decir la oración.

—Sí, sí, mamá.

Peggy, en carmón, se arrodilló al pie de la cama, juntó las manecitas y pronunció fervorosamente esta oración:

¡Padre nuestro, que estás en los cielos, bendice a papá, a mamá, a tía Abigail, a Panchito, a María, al perro y... a mi abuelito!... Amén.

Se levantó, abrazó a su madre y le suplicó:

—Mamá, hoy quiero dormir contigo... ¿Quieres?

—Buena; pero procura dejar dormir a la mamá, que hoy está muy cansada.

—No temas nada; te dejaré dormir.

Margarita acostó a la niña en su cama y, poco después, la madre quedó dormida profundamente, pues se hallaba muy cansada por los ajeteos del día.

La pequeña Peggy no se podía dormir de ningún modo, pero quedó quietecita para no contravenir las órdenes de su buena madre.

Tocó la una en el reloj de la iglesia parroquial de Westchester y Peggy no había podido conciliar el sueño.

Momentos después de esa hora, Peggy abrió pasos en una habitación inmediata y sin

preocuparse de quien pudiera andar por la casa a aquellas horas, sin prevención de ningún género—¿qué prevención iba a tener a los cuatro años?—se levantó sigilosamente de la cama y descalcita se dirigió hacia la habitación en que parecía oír el ruido y al entrar abrió la luz.

Arrodillado ante un cofre fuerte, con una lámpara sorda en su mano izquierda, un hombre, tapada la cara con un pañuelo que sólo le dejaba al descubierto los ojos, buscaba, con su diestra, dar con el secreto.

El ladrón sólo se dió cuenta de la presencia de la niña, cuando se vió rodeado de luz, pues yendo la niña descalcita no metió ningún ruido.

El intruso se sobresaltó al sentirse descubierto; pero al ver que era una niña y que lejos de amedrentarse se le acercaba sonriente, se sosegó. Sin cambiar de posición contempló a la pequeña y sus ojos expresaron una idea de sorpresa.

Peggy le dijo con ingenuidad encantadora:

—No tengas miedo... no te haré nada; pero no hagas ruido que se despertaría mi mamá. No te lleves nada de lo que hay aquí, porque todo es de mi abuelito y se enfadaría mucho. Mira, llévate este collar... es de mi mamá... Toma, que aunque mi mamá lo aprecia mucho no se enfadará sabiendo que yo te lo he dado.

Y acompañando la acción a la palabra, Peggy se quitó el collar y se lo entregó al ladrón. Este, cuando lo hubo contemplado, clamó:

—¡Oh!... ¡Margarita!

Se quitó el pañuelo con que se cubría el rostro y besó el collar.

—¡Oh!... ¡Tú eres el hombre del perro!— exclamó Peggy—. ¡Si vieres que gorro está!... Mi abuelito no lo quería en casa; pero yo lo lavé y...

Garry, que otro no era el ladrón, se levantó y tendiendo los brazos hacia la niña quiso abrazarla pronunciando:

—¡Hija mía!

No terminó esta frase. Se oyó un disparo, Garry se tambaleó, llevóse la mano al pecho y cayó de espaldas.

Peggy, sin darse cuenta de lo que había pasado, se arrojó sobre él y le acariciaba:

—¡Pobrecito hombre del perro!... ¿Qué tienes?...

El señor Selfridge se adelantó hasta el ladrón con el revólver en la mano y le reconoció.

—¡Garry!... ¡Desgraciado!... ¡Ladrón!...

Al ruido del disparo acudió primero Margarita y luego los criados. La esposa reconoció a su marido.

—¡He aquí tu obra, papá!... ¡Complétala matándome a mí también!

—¡Pobrecito!... ¡Es el hombre del perro!—clamaba Peggy mientras con su manecita acariciaba las mejillas del autor de sus días.

Llegaron los criados.

—¡Pronto!... ¡Pronto!... Cojan a este hombre y llévenlo a mi cuarto.

Los domésticos obedecieron. Selfridge estaba aterrado: parecía la estatua del desconocido.

Pancho, en el auto, fué a buscar al médico

de la familia, quien constató una herida en el hombro izquierdo con orificio de entrada y salida. De momento se creyó revestía gravedad el estado del paciente, pero el doctor dió esperanzas halagadoras.

Después de la primera cura de urgencia, Ga-



El abuelo obediente (pág. 29)

rry abrió los ojos y vió incluída sobre su cabeza la de su esposa:

—¡Margarita!

—¡Garry!

—¿Y nuestra hija?

—Aquí la tienes... Peggy, hija mía, da un beso a tu papá.

—¿El hombre del perro es mi papá?... ¡Por eso es tan bueno!

—¡Hija mía!—pronunció Garry.

Bueno, basta, esposo mío... Ahora a descansar... Ya no te separarás más de mi lado, del lado de tu esposa y de tu hija... ¡te lo juro!

—¡Fui muy desgraciado!

—¡Vaya, basta, Garry! Ahora no pienses más que en curar y en ser feliz a nuestro lado. ¿Lo oyes? Anda, descansa... que el doctor dice que necesitas tranquilidad.

Dos días después, hallábase el señor Selbridge, sentado en las escalinatas de la entrada del palacio en compañía de su hermana Abigail. Llegó hasta ellos Peggy que jugaba con su perro y encarándose con su abuelo, le amonestó:

—Abuelito, ¡pobre de ti si no permites que mi papá se quede con nosotros!... No te dejaría jugar más conmigo. ¿Lo dejarás?

—Sí, hija mía, sí... como tú quieras.

—Pues anda, ven a jugar conmigo.

Abuelo y nieta, en compañía de su inseparable compañero el perro, se fueron al jardín.

—Anda, súbete a este árbol...

El abuelo obedeció. Y mientras la infancia y la vejez, en repocijente consorcio, se divertían a pleno sol, los amantes esposos—Garry aún convaleciente—buscaban la agreste soledad como en los días de la primavera de su amor florido.

EPILOGO

Garry Holmes está completamente restablecido y es, en compañía de su esposa e hija, los dos seres de su corazón, el hombre más feliz de este mundo.

También en esta historia triunfaron la juventud y el amor, los dos colosales que enterraron en las cenizas del recuerdo, aquel secreto de familia.

FIN

Núm. 110 - **BIBLIOTECA FILMS** - 9 de Marzo

Entre locos anda el juego

Trágicas y emocionantes aventuras en una casa de orates, creación de los incomparables artistas

LON CHANEY
y **Johnny Arthur**

Postal; Rod Larocque. **25 céntos.**

¡MUY PRONTO!

Otro éxito del **Título de la Supremacía**

La madre de todos

Interpretación sublime de la eximia anciana

MARY CARR

y de los simpáticos artistas

Priscilla Bonner y **Kenneth Harlan**

50 céntimos

BIBLIOTECA FILMS

1	No se fia de las apariencias.	Mary Pickford	30c
3	Lorna Doone	Charles Chaplin	25c
5	¡Cuidado con la curva!	Lil Dagover	25c
6	El León de Venecia (2.ª edición)	Magda Ballomy	25c
8	Ensueño	A. Renani	25c
9	Sherlock Holmes	Dorothy Phillips	25c
10	Las esposas de los pobres	Barbara La Marr	25c
11	El Signo del Zorro (4.ª edición)	Douglas Fairbanks	25c
13	Luisa Miller	Román Navarro	25c
14	Flor de Fuego (3.ª edición)	Frank Mayo	25c
15	Las dos niñas de París (4.ª ed.)	Mary y Douglas	25c
16	Rescatando la hora (3.ª ed.)	Tom Mix	25c
17	La hija del fuego (2.ª edición)	Perla Blanca	25c
18	Nathan el ahijado	Sandra y Hermann	25c
19	La Huerfanita (4.ª edición)	Dorothy Gish	25c
20	Clarita May	Bessie Love	25c
22	Perdida y encontrada (2.ª ed.)	Antonio Moreno	25c
23	El alma de Oscar	Cullen Landis	25c
24	El Rotones n.º 13	Douglas MacLean	25c
26	Madrin, caudillo de leyenda	Renaud Joubert	25c
27	El velo de la dicha	Claire Windsor	25c
28	Nellie, la bella modelo	Mae Murray	25c
30	Come aman los hombres	Barbara La Marr	25c
31	El Ladrón de la laguna (3.ª edición)	Lya Mara	25c
32	La Reina de la Moda	Jacqueline Blanc	25c
33	Montmartre	Pala Negri	25c
34	El Caballero de la Pesadilla	Juan Mesjanine	25c
36	El regreso de Cyclone Smith	Eddie Polo	25c
37	Dorothy Vernon (3.ª edición)	Mary Pickford	25c
38	La Ley de la Hospitalidad	Buster K. (Pampúnas)	25c
39	¡Viva el Rey!	J. Coogan (Chiquitín)	25c
41	Locuras de juventud	Mia May	25c
42	Historia de un dólar	Tom Moeri	25c
44	¡Velarás por tu hijo!	André Roland	25c
45	El botín de los piratas (3.ª ed.)	Perla Blanca	25c
46	Amor que vence al amor	Betty Compson	25c
47	Los tres mosqueteros (2.ª edición)	Douglas Fairbanks	25c
48	Tony	Shirley Mason	25c
50	El Camino del amor	Rodolfo Valentino	25c
51	Vida de los artistas de cine	Wallace Reid	25c
52	Oriente	Yashimi	25c

53	El islote de las perlas	<i>Jean Tolley</i>	250
54	El pez dorado	<i>Constance Talmadge</i>	250
55	La gitana blanca	<i>Roguel Miller</i>	251
56	La ingenua	<i>Hella Meja</i>	251
57	El Nueva York de antaño	<i>Marion Davies</i>	251
58	La venganza de Crimilda	<i>Mary Mac Loren</i>	251
59	Los hijos de los hombres pobres	<i>Mary Alden</i>	251
60	El casamiento de media noche	<i>Katherine Mac Donald</i>	251
61	El caballero valiente	<i>Dorothy Mackaill</i>	251
62	La Mujer Inmortal	<i>George Walsh</i>	251
63	Mónica	<i>Francis Dallas</i>	251
64	La modistilla	<i>Pat O. Malley</i>	251
65	La novia del legionario	<i>Marguerite Rasky</i>	251
66	Con el amor no se juega	<i>Lyniane Bernhardi</i>	251
67	El Rey sin reino	<i>Renee Heribel</i>	251
68	Grandes de Hamildes	<i>Marie Prevost</i>	251
69	Maitre Adorada	<i>Rachel Devry</i>	251
70	El Santuario del amor perdido	<i>Stoney Chaplin</i>	251
71	El Chico	<i>Lya de Prati</i>	251
72	La Linda Rubia	<i>Klana Makowska</i>	251
73	La Llana del gentío	<i>Hope Hampton</i>	251
74	Judex	<i>Rena Navarre</i>	251
75	Nueva Misión de Judex	<i>George Busst</i>	251
76	El mimado de la abuela	<i>(El)</i>	251
77	Yo pecador	<i>Lewis Stone</i>	251
78	Bajo la máscara	<i>(Cayana)</i>	251
79	La rosa de París	<i>Baby Peggy</i>	251
80	Por el recuerdo de un beso	<i>Betty Blythe</i>	251
81	Tosca	<i>Francesca Bertini</i>	251
83	El rey de los conserjos	<i>Klara d'Albion</i>	251
84	La culpable	<i>Regine Bouat</i>	251
85	En alas de la gloria	<i>Abb Daniels</i>	251
86	El navegante	<i>Anita Stewart</i>	251
87	Avaricia	<i>Beverly Bayne</i>	251
89	Los ángeles del hogar	<i>Monte Blue</i>	251
90	La dama de la noche	<i>Norma Shearer</i>	251
91	El árbitro de la elegancia	<i>Virginia Valli</i>	251
93	[Que siga la danza]	<i>George O'Brien</i>	251
94	Barreira infranqueable	<i>Gladys Walton</i>	251
95	Segunda juventud	<i>Conrad Nagel</i>	251
96	Los peligros del flirt	<i>Natalie Kewanto</i>	251
97	Dick Turpin	<i>Tullo Carminal</i>	251
99	Su hora	<i>Fach Duff</i>	251

COLECCIONE USTED

FILMS



AMOR

LA MEJOR NOVELA CINEMATOGRAFICA

- Núm. 1 **El templo de Venus**, por *Mary Philbin*.
 Núm. 2 **La tierra prometida**, por *Raquel Meller*,
Tino Meller y *Andrés Roana*.
 Núm. 3 **Saurisole**, por *Fay Compton* y *Stewart*
Rome.
 Núm. 4 **En las garras de la duda**
 o **el calvario de una esposa**, por
Leda Gys y *Alberto Capozzi*.
 Núm. 5 **Rapto de Montez** Segunda época de
El prisionero de Zenda, por *E. Ham-*
merstein, *Claire Windsor*, *Law Cody* y
Bert. Lytell.
 Núm. 6 **El tren de la muerte**, por *Cayena* y *Edith*
Roberts.
 Núm. 7 **La esposa comprada**, *Alice Terry* y
Conway Tearle.
 Núm. 8 **El juramento de Lagardère**, por *Claude*
France y *Gaston Jacquet*.
 Núm. 9 **Buda, el profeta de Asia**, por *Hilma*
Rai y *Seeta Davis*.

Literatura selecta — Cubierta a varias tintas
 La mejor y más sugestiva de las novelas de

LOS MAS GRANDES FILMS

Obsequio de una tarjeta postal.

50 céntos.